

Pablo, la fe del converso

En la vida de casi todos los seres humanos hay momentos o situaciones que suponen un punto de inflexión, un cambio enorme en la forma de pensar, de vivir, de entender el mundo, de entenderse uno mismo, de ver a los demás. Con frecuencia ocurre al conocer a la persona con la que vas a compartir el resto de tu vida, o al nacer un hijo; puede ser un cambio de trabajo, de ciudad, de país. En ocasiones ocurre al perder a un ser querido o haber pasado por una experiencia dolorosa o difícil (una guerra, una situación de miseria...).

Otras veces la experiencia que nos cambia viene más bien de dentro de la propia persona, de un proceso personal de reflexión, psicológico, también religioso, de apertura o encuentro con Dios. La intensidad del cambio, la huella que este momento deja, depende también de las características de cada uno, de la intensidad con la que vive, de su fortaleza de ánimo, de su empuje y decisión, de sus cualidades intelectuales y afectivas, etc.

Poner en orden los valores

Pablo, lo dice él mismo, era **un hombre apasionado, decidido a superarse a sí mismo y a los demás en aquello que creía justo y bueno**. Por «celo», es decir, por amor a su pueblo Israel y a su Dios se entregó totalmente a la causa del judaísmo, y por amor al Dios de Israel perseguía a los cristianos:

«Pues habéis oído hablar de mi conducta anterior en el judaísmo, cuán encarnizadamente perseguía a la iglesia de Dios para destruirla, y cómo superaba en el judaísmo a muchos compatriotas de mi generación, aventajándoles en el celo por las tradiciones de mis padres.»
(Gal 1,13)

Pero un día, cerca de Damasco, una experiencia religiosa cambió su vida para siempre. Él lo describe con palabras que recuerdan a las vocaciones proféticas del Antiguo Testamento:

«...cuando Aquel que me separó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, tuvo a bien revelar en mí a su Hijo, para que le anunciase entre los gentiles...» (Gal 1,15)

Aquella experiencia no fue propiamente una conversión religiosa: Pablo no cambió de Dios ni dejó de creer en su pueblo Israel como pueblo elegido, ni en los Patriarcas como Abrahán. En realidad fue una iluminación, una revelación, que puso en orden los valores de fe que había recibido de sus padres y maestros, que dio sentido a su vida anterior, a sus estudios, a su carrera como fariseo, incluso a su empeño en perseguir a la Iglesia. Desde el seno de su madre, desde los primeros momentos de su vida, Dios ya le había preparado para lo que esperaba de él. **La vocación no es sólo una llamada: cuando Dios llama te revela**, a Pablo y a cada uno de nosotros, **aquello para lo que hemos nacido**, la vocación es descubrir quiénes somos, qué hay en cada uno de nosotros que puede ser útil para el Reino de Dios.

¿Qué quiere Dios de mí?

Hablando pues de valores de fe: al descubrir que Jesús, el crucificado y despreciado por las autoridades de Jerusalén y Roma, era en realidad el Hijo de Dios, aquel que fue fiel al Padre de principio a fin, que todo lo había «hecho bien» (Mc 7,37), Pablo comprendió que por encima de la Ley y su cumplimiento, estaba el valor fundamental de la obediencia a Dios, de conocer y hacer aquello que el Padre quiere, que es siempre la salvación, la salud, el bien, la liberación, de las personas. Dios ama incondicionalmente a cada ser humano, totalmente, sin medida, **sin que su amor dependa de lo bueno o lo malo que es cada uno, de lo que haya hecho o dejado de hacer**. Dios es siempre amor, apertura, esperanza para el futuro, deseo. Y el modelo de esto se nos ha dado en Jesús, en los evangelios, en su vida y en sus palabras.

No sólo eso: el Padre nos va enseñando lo que espera de nosotros, pero es que además él mismo se nos entrega enviando su Espíritu, que es fuerza, sabiduría, resistencia, que nos va transformando por dentro acercándonos a la figura misma de Cristo. **Pablo es el primer cristiano que expresa esa relación personal, íntima, de amistad profunda con Jesucristo:**

«...yo por la ley he muerto a la ley, a fin de vivir para Dios: con Cristo estoy crucificado; y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Esta vida en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí. No anulo la gracia de Dios, pues si por la ley se obtuviera la justicia, habría muerto en vano Cristo.» (Gal 2,19-21)

Para reflexionar:

¿Puedes recordar algún momento, situación, experiencia, que haya cambiado tu vida? ¿Cuáles son los valores, las luces que surgieron en aquel momento o momentos? ¿Siguen siendo esas luces quienes te orientan hoy?

La mayoría de nosotros no venimos del judaísmo, y no hemos vivido cumpliendo la ley judía. Pero a poco que reflexionemos sobre nuestra vida en familia, amigos, estudios... veremos que **no estamos lejos de la actitud de conformarse con cumplir**, con hacer sólo aquello que me piden o que está mandado, de reservarme lo mejor de mí mismo para un más adelante que nunca llega. No se trata de echar más fuerza de voluntad, sino implicarme en la realidad poniendo, como diría san Ignacio, toda mi libertad, memoria, inteligencia, voluntad.

Se trata de ser creativos, imaginativos, de escuchar con atención y fomentar la libertad en nosotros y en los demás. Donde está el Espíritu del Señor, ahí está la libertad, dirá san Pablo (2Cor 3,17); y «para la libertad nos ha liberado Cristo» (Gal 5,1). Libertad no es hacer lo que me parece, sino **atreverme a pensar creativamente y ser capaz de hacer aquello que veo como bueno y necesario** ¿Cómo está mi libertad?

Se trata también de orar, de inquirir por lo que Dios piensa de esta situación concreta, de qué haría Jesús en mi situación. ¿Veo posible algo de esto en mi vida?

